

su pecho y de su garganta, veloz y bullicioso; algo que le oprimía el corazón y le golpeaba el cerebro... No pudo contenerse más. Echó todo el busto fuera de la ventana; y, apretando los puños, gritó loco, desaforado:

—¡Viva la libertad!

En aquel instante crecieron los rumores de la calleja y se agitaron unos bultos en la obscuridad; brillaron dos fognazos; se oyeron dos tiros, y lanzó un grito don Juan de Prezanes, desapareciendo de la ventana mientras saltaban las maderas hechas astillas, y en polvo los cristales.

Casi al mismo tiempo sonó hacia la iglesia otro tiro que pareció un eco de los primeros.



XXVIII.

SICUT VITA...

MIENTRAS caminaba don Valentín, después de salir de casa de don Juan de Prezanes, calleja arriba, por donde vino el tropel de que se hace mención en el capítulo antecedente, resbalando en este morrillo y metiéndose en aquella poza, tropezando aquí y estando á pique de caer allá, despechado y febril, reflexionaba de este modo:

—Nada espero, nada temo, nada quiero; en nadie confío sino en Dios y en el odio que tengo al perjuró. Tristeza en mí, tristeza y soledad en mi casa, menosprecio y burlas en la ajena, viejo, moribundo ya; envuelto en los hábitos de mis glorias, con la espada de Luchana al costado... ¡qué mejor ocasión que ésta para dar el último grito de libertad, delante del sempiterno enemigo de ella? ¡Qué muerte más señalada para un hombre como yo?... ¡Ah, si topara con ellos esta noche!

Pensando así, andaba, andaba, y corría el sudor por los surcos de su cara rugosa, porque la gimnasia que iba haciendo, el peso del uniforme y la brega que traía desde media mañana, no eran para menos; y andaba maquinalmente y sin rumbo determinado, aunque á veces creía oír en sus adentros una voz que le aconsejaba seguir adelante y apercebido, porque *por allí se iba*.

Y andando, andando, llegó á un recodo que formaba la calleja, y oyó ruido de voces y de pasos inseguros al otro lado. Le latió el corazón con desusada fuerza. Llevó la diestra á la empuñadura del sable, y detúvose. Los rumores se acercaron más. Don Valentín aguzó entonces el oído, la vista, hasta el olfato. Parecía un sabueso delante de *la barda*. Cierto que tenía, por don misterioso de la naturaleza, una nariz para conocer al perjuro por el rastro, como el perro la tiene para el jabalí.

—¡Él es!—dijo balbuciente y conmovido.

Sin otras averiguaciones, desenvainó el sable y plantóse en mitad de la calleja, bien alumbrada entonces por la luna.

Y no se equivocaba don Valentín: era *él*, ó, por lo menos, algo que lo aparentaba. Á la vuelta del recodo, á pocas varas de distancia, apareció un grupo armado y vestido como el héroe suponía. El grupo no llegaba á una docena

de hombres; pero era un ejército para don Valentín, solo y viejo y casi inerme. Nada le importó esta reflexión que no pudo menos de hacerse: antes le infundió mayores bríos en medio de aquella fiebre que le estaba devorando horas hacía. Se afirmó sobre los pies, enderezó cuanto pudo el encorvado cuerpecillo; y temblando de entusiasmo desde la coronilla hasta los talones, gritó, resuelto á todo, presentando el jadeante pecho al enemigo:

—¡Alto ahí!

Y el enemigo se detuvo; y aun hizo más, para gloria de don Valentín: retrocedió, acaso porque creyera que había fuerzas militares detrás de aquellos arreos, en cuya vetusta é inusitada conformación no pudo reparar de pronto y á tan escasa luz como la intermitente de la luna; pero es lo cierto que retrocedió, y á esto se atuvo el héroe.

—¡Cobardes!—gritó en seguida, ebrio de entusiasmo, partiendo hacia los ocultos invasores.—¡Huís de un hombre solo, viejo y desarmado!... ¡Dadme la cara, bandidos!

Esta baladronada, que puso en evidencia su pequeñez y su soledad, perdió á don Valentín. Sin ella, acaso hubiera corrido aquella noche detrás del enemigo alucinado. Pero éste se rehizo con la advertencia, y se encaró con el extraño retador.

—¡Matadle—dijo el que mandaba allí,—si no se entrega callando!

—¡Entregarme yo!—exclamó don Valentín, —¡y á vosotros, infames!... ¡Muerto, sí; pero rendido, nunca!... ¡Viva el Duque!

Y se lanzó, blandiendo el sable, al enemigo que, á su vez, le embestía.

—¡Viva la lib!...

El infeliz no acabó de dar este segundo grito de su heroico ardimiento, porque se sintió oprimido y atropellado por aquellos hombres; los cuales, al verle un momento después, en el paroxismo de su rabia, caer de espaldas en la calleja y quedar inmóvil, creyeronle muerto ó poco menos, y allí le dejaron, continuando ellos el camino que antes llevaban.

Ya sabemos cómo respondieron dos de los más irreflexivos de la partida, al grito casual de don Juan de Prezanes; y es de saberse ahora que el lance no hubiera concluído así, á juzgar por las trazas, sin el otro tiro que sonó hacia la iglesia y puso en precipitada fuga á los invasores, señal de que andaban con poca tranquilidad y perseguidos de cerca por enemigos más serios que el pobre don Valentín.

El cual permaneció muy cerca de una hora tendido sobre el fango de la calleja; y allí se hubiera muerto de frío, ya que no de los golpes ó de la corajina que tal le habían puesto, sin la

llegada de Juanguirle y de algunas otras personas que le acompañaban, entre ellas Nisco, armadas de sendos garrotos, excepto el montanero y el alguacil, que llevaban, para estorbo y compromiso, como ellos decían, dos fusilones de chispa.

Comenzaba á moverse un poco y á balbucir palabras inconexas en el momento de topar con él la ronda.

—¡Siempre me temí yo algo de esto, voto al chápíro verde!—dijo el alcalde al levantar á don Valentín, cogiéndole por debajo de los brazos; —aunque nunca pensé que llegara á tanto. El diablo me lleve si no está á punto de entregar el alma... ¡Agarray vusotros por las patas, muchachos!... ¡Uf!... ¡cómo está de barro, el infeliz, hasta el cogote! Vamos, señor don Valentín, un poco de ánimo, que la cosa no es tanto como aparenta. Dígote que fué suerte para todos que al demonio de Lambieta le moviera la curiosidad de los tiros y saliera á tiempo de ver correr á los causantes vega abajo, y me diera parte y saliera yo también, y se viera lo visto y se discurriera lo discurrido; que si no, aquí fenece esta noche el venturao del hombre, sin tus ni mus. ¡Voto á briobaco y balillo, que hubiera sido caso de andar en coplas!... ¿Estáis ya? Pues hágase ahora la silla con los brazos... ¡Ajá!... Tú, por aquí, Nisco... Sostenle tú la

cabeza por atrás, Ogenio... ¡Jum! mucho la zarranda para cosa buena... Apañay vusotros esa espada y ese murrión... ¡Mil demonios si no hace media fanega larga el sandifeso! Y á todo esto, el de su hijo... ¡por vida del chápiro verde! pondría las orejas á que anda por onde no debe. ¡Cuando no espante yo de una vez á esa pingolondona, afrenta del lugar y acabación de las casas honradas... voto á briosbaco y balillo!... ¿Qué tal vamos, señor don Valentín?

—Mal,—respondió el pobre hombre, con apagada voz, mientras con todo su cuerpo inerte, movido arriba y abajo y de un lado á otro, marcaba el andar desconcertado de los mozos que le conducían.

Así llegó á casa, donde le recibió Sidora entre aspavientos y declamaciones, y se trató de desnudarle para meterle en la cama.

—¡Eso no!—dijo don Valentín.—Nadie me despoje de lo que llevo encima. Ya que no me ha valido para bandera, quiero que me sirva de mortaja. Con eso no lo profanará nadie, vendiéndolo por un vaso de aguardiente.

—¿Quién piensa en mortajas ahora, por vida del chápiro verde!

—Yo, hijo, yo... yo, que me muero sin remedio... ¡Siento un frío... y una debilidad!...

—¡Algo caliente, y un vaso de buen vino!—gritó Juanguirle encarándose con Sidora;—y si

no lo hay en casa, á la mía volando por ello, que guardado tengo un botellón de la Nava rancio, para estas ocasiones.

Corrió Sidora á la cocina por una taza de caldo del que reservaba todos los días para comienzo de la cena de don Valentín, y desce-rrajando la alacena de la sala, por no parecer la llave, se sacó una botella de vino blanco que denunció la fámula.

Probó con dificultad uno y otro el extenuado y yerto veterano; reanimóse un instante, y dijo, mientras le envolvían en mantas sobre la cama, pero sin desnudarle:

—Estos fríos no se curan á la lumbre... Son los de la muerte. Por tanto, que venga el cura, y á escape... que cristiano soy ante todo... y como cristiano debo y quiero morir.

Fueron en busca del cura dos mozos de los allí presentes, pues uno solo no se atrevía en noche de tales peripecias; y en tanto preguntó don Valentín:

—¿Y el perjuero?

—Ajuyó al monte tan aína como pisó á Cumbrales—respondió Juanguirle.—Y ello ¿tropezóle usted, ú qué fué lo que así le puso?

—Topé con él, Juan... por la misericordia divina... Acometíle como debía... solo, frente á frente... Arrollóme porque eran muchos... sentíme golpeado... caí... acabóme de aturdir un

golpe en la cabeza... y no sé más... Pero si hu-
ye el inicuo... ¡bendito sea Dios!... ¡quién pien-
sa en otra cosa?... De todas maneras, yo bien
conozco ahora que ciertos asuntos... no debie-
ran tomarse tan á pechos... pero no lo puedo
remediar... Muriendo así, muero á mi gusto...
Esa es mi ley... Obscura fué la hazaña y no
servirá de ejemplo... ni el Duque la conocerá...
pero Dios la ha visto... ¡Viva el Duque!... ¡Vi-
va la!...

No pudo más el pobre hombre. Quedóse
inerte y amarillo, y todos pensaron que allí
acababa; pero volvió á revivir, y diéronle otro
sorbo de vino.

En esto entró don Baldomero, que nada ig-
noraba ya, porque se lo habían dicho los mozos
que iban por el cura, al encontrarle en el Cam-
po de la Iglesia. Presentóse más encogido, tor-
vo y desaliñado que de costumbre; y con esto
sólo pintó la pena que le causaba el suceso, si
es que alguna sentía real y verdaderamente.
Así se acercó á la cama, sin desplegar sus la-
bios ni sacar las manos de los bolsillos.

Vióle don Valentín, y díjole:

—Solo te quedas, Baldomero... porque yo
me voy... la verdad sea dicha, sin gran pena
de no volver á verte... aunque un poco mayor
que la tuya... por perderme de vista... Eres un
adán, y no espero que te enmiendes... pero, ya

que por tí no lo hagas... por el honor de tu pa-
dre... no acabes de perder la vergüenza al aca-
bar con lo que te dejo... Conserva á Sidora, que
ha sido muy fiel y cuidadosa... págala en segui-
da la manda que le hago en el testamento...
que hallarás entre mis papeles... aléjate de
ciertas compañías... acércate más á Dios... y
aparta allá un poco ahora, para que yo piense
en Él mientras llega el señor cura.

Fuése á la sala don Baldomero, y allí se de-
jó caer en una silla, con las piernas estiradas
y la cabeza caída sobre el pecho. Juanguirle
mandó despejar por completo el cuarto, y él
mismo dió el ejemplo; pero sin perder de vista
al moribundo hasta que llegó el señor cura.

Se confesó don Valentín despacio y bien, co-
mo hombre que era de mucha cuenta y razón,
aunque las de su conciencia las saldaba cada
año, y no eran complicadas, según el lector ha-
brá ido comprendiendo; recibió después el Viá-
tico, y luégo la Unción; hasta que, á poco más
de la media noche, apagándose el último soplo
de su vida, entregó á Dios el alma, limpia y
candorosa como la de un niño.

Quedóse Juanguirle con algunos de su ronda
velando el cadáver, y se acostó don Baldomero.

Amanecía apenas, cuando llegó á la puerta
del estragal una mujer. Conocióla en la voz

Juanguirle, salió á su encuentro y la apostrofó así, atravesado delante de ella:

—¿Aónde vas? ¿Qué buscas? ¿Quién te llama aquí?

—¿Á usted qué le importa?—respondió con desgarro la mujer.

—¡Voto á briosbaco y balillo—exclamó Juanguirle,—que, si un poco me apuras, haré que valga mi autoridad y te lleven aonde no te dé el sol en mucho tiempo!... ¡Taday, moscalindronal!

—Sepa usted que vengo aonde puedo, y en busca de lo que es mío.

—¡Taday, zarramplinga! Si algo te deben y de algo vos remuerde la conciencia, bien que lo cobres y la pongáis en gracia de Dios... y ati-cuenta que poco se pierde, porque tal para cual; pero á su tiempo: no ahora ni aquí... ¡Aguarda siquiera á que saquen de casa al que, vivo, nunca te hubiera dejado entrar en ella!

—¡No es usted quién para mandar en este sitio!

—Para cerrarte la puerta á tí y á cuantos je-dores como tú la quieran apestar, todas las ca-sas de Cumbrales son mías. ¿Lo entiendes, cá-rabo? Pues vuélvete al monte, ó te escurro yo á quantás... ¡Y mira que á mí no me la dais con la pamema de lo del murio, como al simplón del tu vecino!

Con esto se volvió Juanguirle arriba, porque la mujer aquélla se largó hecha un veneno.



XXIX.

LO DEL MURIO.

AL grito de don Juan de Prezanes y al fragor de las ventanas hechas trizas, acudieron las criadas que estaban al otro extremo de la casa. Halláronle tendido en el suelo, juzgáronle asesinado, aturdiéronse; y, sin otras averiguaciones, corrieron despavoridas á casa de don Pedro Mortera.

Aunque no dijeron cuanto pensaban y sentían, sus palabras, y más que sus palabras, el modo de decirlas, produjo el efecto que es de presumir; y entre aspavientos y gritos, trasladóse en un verbo la familia entera, con sirvientes y adherentes, á casa de don Juan de Prezanes.

Ya estaba éste de pie; pero aturdido y medio alelado. Entró don Pedro delante; y al oírle hablar con su amigo, los que detrás iban, lle-

vando medio acongojada á Ana, avanzaron en tropel. Todo lo que antes era angustia, se trocó en curiosidad al ver el aspecto que ofrecía el cuarto sembrado de astillas y de cascos de vidrio, y en medio don Juan, que no acababa de romper á hablar. Ana se colgó de su cuello; y aunque le colmaba de caricias, anhelante y llorosa, el hombre parecía una estatua.

Al fin, respondió al torbellino de preguntas con que le acosaban por todas partes:

—¡Yo no sé qué demonios puede haber sido!... Estaba poniéndome el sombrero... es decir, me le había puesto ya, para salir en busca tuya, hija mía... De pronto, oí ruido hacia la calleja, abrí un poco esa ventana, y... ¡pin! ¡pan!... todo fué estruendo á mi alrededor, como si la casa se desplomara. No sé si alguna astilla... ó el sobresalto; pero es lo cierto que aquí me ví, un momento hace, tendido en el suelo, sin poder darme cuenta de nada... luégo entrásteis vosotros, y he recordado esto poco que os refiero. Nada en substancia, como veis... Pero ¿quién demonios soltó los tiros cuando yo... es decir, cuando abrí la ventana?... ¿Habéis oído algo vosotros, Pedro?...

—Nosotros—respondió este,—oímos esos tiros de que hablas, y otro más hacia la iglesia; y precisamente estábamos disputando sobre si habían sido tres ó dos y el eco de ellos, cuan-

do llegaron tus criadas que te vieron aquí tendido al acudir al grito que diste.

—¿Á qué grito, hombre?—saltó don Juan apresuradamente.—¡Si yo no dije una palabra!

—Por lo que refirieron las muchachas—añadió don Pedro con socarronería,—lanzaste un ¡ay! terrible, sin duda al caer...

—¡Vamos!... al caer. Sí, porque lo que es antes de los tiros...

Al decir esto don Juan se estremeció de pies á cabeza, en una convulsión nerviosa.

—Lo esencial es que hayas salido ileso de la catástrofe—prosiguió don Pedro mientras los demás no apartaban los ojos de don Juan, que, poco á poco, iba serenándose.—¿Quieres tomar algo?

—Nada, nada... una taza de salvia, si acaso, porque estoy algo nervioso.

Voló Ana á preparar el antiespasmódico, y tornó á preguntar don Pedro á su compadre:

—¿Estás seguro de no haber recibido herida ni golpe?

—Ya lo veis... nada siento, nada me duele... digo mal, un coscorrón debo tener aquí...

Tenía, en efecto, don Juan un chichón en la cabeza; pero cosa insignificante.

—Sin duda contribuyó este golpe—dijo don Pedro,—á que perdieras el sentido cuando caíste.

Y añadió por lo bajo, al oído de su mujer:

—Apostaría las orejas á que tu compadre hizo una barbaridad. Aquella voz que yo oí antes de los tiros, fué la suya, no me cabe duda.

—Pero, á todo esto—insistió don Juan de Prezanes,—¿de dónde salieron aquellos dos tiros cuando yo grité... es decir, cuando abrí la ventana?

Y se estremeció de nuevo, como si le asaltara un escalofrío.

—Pues nadie lo sabe—respondieronle,—como no se sabe quién soltó el de hacia la iglesia.

—¡El demonio ha andado suelto aquí esta noche!

—Días hace que no huelga en Cumbrales.

—En fin, de buena te has librado.

—Sí, sí... y hablemos de otra cosa, si queréis,—concluyó don Juan volviendo á estremecerse.

—Es que el asunto es grave, y háy que averiguar...

—¡Vaya si lo es! Pero dejad siquiera que me tranquilice antes un poco.

Llegó luego Ana con la infusión de salvia; tomóla el sobrecitado señor, y se entonó mucho; pero no dejó de temblar cada vez que sabía á colación el caso de los tiros, caso que no cesaba de salir.

Media hora después apareció Juanguirle en la

sala con la gente de que le hemos visto acompañado en el capítulo anterior. Iba desalado, porque le habían referido horrores de lo ocurrido en aquella casa.

—¡Pícaros!—dijo cuando se enteró de la verdad.—¡Si la intención es lo que vale, en garrote vil acabéis!

—Pero ¿quién fué? ¿Llegaremos á saberlo al fin?—preguntaron á Juanguirle.

—¿Quién había de ser, voto á briobaco y balillo! El faicioso mesmo,—respondió el alcalde.

—¡Demonio!—exclamó don Pedro, mientras don Juan se estremecía y las mujeres se miraban sobresaltadas.

—Pero ¿dónde está ahora?—preguntó Pablo.

—Camino del monte, según mis noticias.

—Así me lo explico yo todo—decía, en tanto, don Juan:—siendo ellos, naturalmente habían de responder... es decir, tenían que hacer una de las suyas. Vieron luz, vendrían acosados...

—¡Vea usted si don Valentín estaba en lo cierto!

—¡Don Valentín!—gritó don Juan de Prezanes.—Ahora recuerdo que, poco antes del suceso, estuvo aquí, de gran uniforme. ¡Desdichado de él si le han visto con aquella arboladura!

—Pues á rondar vamos, señor don Juan—di-

jo el alcalde;—y si no se le llevaron, que lo du-
do, con él hemos de dar. Conque, ya que no
hacemos falta aquí, después de dar el parabién
por lo poco que ha sido en comparanza de lo
que pudo ser...

—Pero ¿quién los ahuyentó, Juan?—pregun-
tó don Pedro.

—Se cree que un tiro que oyeron hacia la
iglesia, ó que creyeron oír: tal venían ellos de
recelosos y perseguidos. El intento era, según
voces, llegar á mi casa y pedir raciones, ó cosa
que lo valiera... Conque lo dicho, y á la paz
de Dios, que vamos á recorrer el pueblo para
ver el rastro que han dejado.

Salió Juanguirle con su gente, y ya sabemos
que halló á don Valentín; cómo le halló y lo
que aconteció en su casa, hasta que amaneció
el nuevo día.

Una hora después, mientras las campanas do-
blaban á muerto, el alcalde, acompañado sola-
mente de Nisco y del alguacil, continuó la ron-
da, interrumpida durante la noche por los nar-
rados sucesos; pero la mayor parte de los ve-
cinos ni siquiera tenían noticia de lo acontecido.
Felicitábase de ello el alcalde; y ya iba á dar
por concluída su exploración, cuando se le ocu-
rrió detenerse delante de la choza de la Rámi-
la. Digo que se le ocurrió, porque su primera
intención, por consejo de sus acompañantes,

fué pasar de largo. ¿Qué había de buscar allí
nadie, y mucho menos gente hambrienta y fugi-
tiva? Y aunque hubiera ido alguien... y aunque
hubiera matado á la bruja, ¿qué? Esta reflexión
no se la hizo Juanguirle; pero se la hicieron sus
acompañantes, y por eso le aconsejaron tan in-
humanamente.

—Criatura es de Dios como nosotros—dijo
el alcalde después de vacilar un momento,—y
derecho tiene á mi amparo como la que más.

Y entró resuelto en la choza; cosa que le cos-
tó bien poco trabajo, porque la puerta estaba
entreambierta y desquiciada.

En el rincón de la izquierda había una míse-
ra cama sobre un zarzo viejo, sostenido por
cuatro estacas; y en aquella cama yacía la Rá-
mila, quejándose y con la cabeza entrapajada.
Á las preguntas de Juanguirle respondió:

—Yo no sé qué decirte, hijo de Dios. En la
cama estaba y oí golpes á la puerta y el hablar
de mucha gente. Pedían agua para beber, y pa-
reciome entenderles que querían saber por dón-
de se iba á casa del alcalde. Levantéme; los
porrazos iban á más; y al ir á correr la llave
saltó la puerta, dióme en la cabeza, caí, desca-
labréme de esta otra parte, y medio me des-
coyunté este brazo. Atonteciome el golpe... y
ahí me estuve en el suelo lo más de la noche,
sin saber lo que hicieron aquellos hombres, que

me parecieron armados, aunque no lo jurara, porque con el golpe de la puerta sobró para que yo no viera más por entonces... Creo que esto no sea cosa de muerte; pero me resquemá y me duele mucho. Sola me veo y sin más amparo que el de Dios. Ya que Él te trae acá, hazme la misericordia de decir en casa del señor don Pedro cómo me hallo... y de enquistar esa puerta, siquiera para que las bestias no entren aquí mientras yo no pueda salir de la cama... si está de Dios que he de salir, para jalar otro poco de la cruz que arrastro por el mundo.

El bueno del alcalde, por de pronto, y al saber que la pobre vieja estaba en ayunas, mandó á su hijo y al alguacil á buscar á las casas más próximas lo que con mayor urgencia reclamaba el estado de la infeliz; le reconoció, mientras aquéllos volvían, las heridas de la cabeza, que eran varias aunque no graves; las lavó cuidadosamente y las cubrió de nuevo, único *bálsamo* de que podía disponer allí donde no había gota de aceite en la alcuza, ni casco que revelara que había contenido jamás un sorbo de vino; y cuando, pasado un rato, estuvo más consolado el estómago de la Rámila con lo que trajeron el alguacil y Nisco, fuéronse los tres, no sin enquistar antes la puerta, bien seguro Juanguirle de que, tan pronto como relatara aquella gran necesidad en casa de don Pedro Morte-

ra, de nada carecería ya la infeliz menesterosa.

Cerca de la iglesia, de vuelta para su casa, encontró Juanguirle á Tablucas. Preguntóle éste por el resultado de su exploración, y contó el alcalde el percance de la Rámila, dándole por remate y en chanza la enhorabuena. Tablucas se puso pálido.

—¿Ónde tiene las heridas?—preguntó al alcalde.

—En la cabeza,—respondió éste.

—¿Muchas?

—Varias.

—¿No muy grandes?...

—Así, así... regulares.

—Conque regulares... Y ¿no se queja de más?

—Un brazo del mismo lado tiene también de mala manera.

—¡Del mismo lado!... ¡y puede que sea el derecho!

—El derecho es.

—¡Córcia!... ¡el derecho!... ¡Conque el derecho!... ¡Y puede que diga que todo ello resultó de una caída!...

—Eso afirma, y verdad será; no porque lo que yo he visto no pudiera ser lo mismo de arma de fuego, y de refilón, según está el pellejo como una criba.

—¡De arma de fuego!... ¡de refilón! ¡Ma-

ría, madre de gracia!... ¡Córcia!... ¡córcia!... ¡córcia!

—¿Qué mil demonios de piojera te roe, que no paras, alma de Dios?

—¡No es cosa, no es cosa!... Es que ando yo así tiempo hace; y luégo ¡tanto se corre hoy de unos y otros!... Y ¿no barrunta ella cómo fué?

—¿Pues no te lo relato punto por punto? ¿Á que acabas por llorarla después de haberla plagado de maldiciones? ¡Por vida del chápuro verde, que si te entiendo me atenacen!

—¡Córcia!... ¡y luégo dirán de uno que si torna, que si viral!... ¡La luz misma no es más clara que ello! ¡María Santísima de la Encarnación y el Sursumcorda Paráclito y Unigénito!...

Esto dijo Tablucas santiguándose aturullado y tembloroso; se volvió hacia su casa, y apretó á andar, sin despedirse del alcalde que le vió alejarse, santiguándose de asombro, á su vez.

¡Era muy singular aquel Tablucas!

Ya nos dijo en una ocasión que tenía en el magín un proyecto para acabar con el mal demonio que le perseguía. Desde entonces, como también sabemos, su vida fué una incesante agonía: cada noche, los tamborilazos á la puerta; cada luna, el perro en el murio. Á todo esto, solo con su familia y entregado con ella á

los horrores de su tribulación; porque pensar que nadie entrara en aquella corralada después de anochecer, era pensar los imposibles. ¿Quién era el guapo que á tanto se atrevía? Alguien, bien acompañado, por supuesto, se aventuró á pasar por la calleja, muy cerca del murio, mientras brillaba la luna á más y mejor; pero nada vió encima del ruinoso paredón, sino los mencionados cantos, que se bamboleaban cuando apretaba el viento, y un ramajo tísico de laurel que asomaba entre ellos, de medio lado. De aquello no resultaba forma de perro ni de cosa que se le pareciera, y esto convenció al valiente explorador y á las gentes que le oyeron después, de que lo que veían Tablucas y su familia lo veían ellos solos, porque para ellos solos se mostraba allí, por arte del demonio.

Lo cierto es que Tablucas no pudo más, y que un día le pidió la escopeta á Resquemín. Díjole, en confianza, para qué la quería; y el tabernero, que era supersticioso, no solamente se la dió, sino que le aplaudió el intento.

—Apunta bien y á cañón posao—le dijo al entregarle el arma:—de oreja á peletilla; que en estos casos no está el mal en tirar al enemigo, sino en dejarle vida para vengarse... ¡Jinojo!

El mismo Resquemín cargó la escopeta con un puñado de pólvora y medio maquilero de metralla. Un palmo asomaba la baqueta fuera

del cañón después de apretado el último taco. Puso también la cápsula en la chimenea, y, por si fallaba, dió á Tablucas media docena de ellas.

Pues, señor, que se fué Tablucas á casa al anochecer, precisamente cuando el pobre don Valentín salía de la suya á la del alcalde. Reunió la familia en la cocina; declaró ante ella su pensamiento, y terminó el discurso con estas palabras:

—Porque, hijos míos, esta vida no es para llevada mucho tiempo; y aquí traigo la muerte ó la salvación de todos. Si *retingla* mucho, taparvos las orejas... lo peor será para mí; pero lo que es tirar, ¡córchia! lo que es tirar, tiro aunque se me venga la casa encima.

Después se trató de cenar: ¡para cenar estaba la familia de Tablucas! Así como así, no había qué, sino un poco de borona fría y unos cascacos de cebolla. De modo que cuando salió la luna y se oyeron los tamborilazos á la puerta, y, entre la consternación de su mujer y sus hijos, empuñó la escopeta y subió al desván Tablucas, casi podía éste comulgar. ¡Y bien le hubiera venido al pobre, según lo trasudado, amarillo y congojoso que iba!

Por último, se acercó á la ventana, se tumbó en el suelo boca abajo, y por una rendija muy ancha miró... ¡Allí estaba el perrazo, mitad

blanco, mitad negro, con la boca abierta y los ojos saltones, fijos en la ventana; de medio adelante, echado sobre las manos tendidas; de medio atrás, empinado y con el rabo tieso, en actitud de lanzarse sobre la presa á la menor provocación! Tablucas cerró los ojos y pensó desmayarse. Luégo se reanimó un poco.

—Veamos—se dijo,—qué cara me pone, haciendo que tiro.

Y sacó con mucho pulso el extremo del cañón por la rendija; le apoyó en la misma tabla; hizo la puntería... y nada: el perro inmóvil como un canto. Alentó aquello al hombre; resolvióse; apuntó donde le dijo Resquemín, y ¡Virgen de los Milagros, qué estruendo bajo aquel techo carcomido! ¡qué llover cascotes el tejado, y qué rodar Tablucas por el suelo con una astilla de la culata en la mano, única porción que á la vista quedaba de la escopeta, tan bestialmente cargada por el tabernero!

Aquel tiro fué el que se oyó casi al mismo tiempo que los otros dos enderezados á don Juan de Prezanes.

Pero el perro no estaba ya en el murio.

—¡Ya lleva lo que necesita, córchia!—exclamó Tablucas cuando se cercioró de ello, y no le vieron tampoco su mujer y sus hijos, que subieron al desván inmediatamente.—Lo peor es que de la escopeta no queda más que esta piz-

ca; pero él se empeñó en cargarla tanto, y con su pan se lo coma.

Un muchacho tropezó luégo con el resto del arma en un rincón del desván. No había reventado el cañón; solamente se había partido la caja, y esto afirmó á Tablucas en la idea de que el tiro no se había extraviado en el camino que llevaba.

Que el suceso causó verdadero regocijo en la familia, no hay que decirlo. Hasta se atrevió Tablucas á salir fuera de la portalada, pensando hallar el perro descuartizado al pie del murio.

—Aquí hay unos cantos que antes no había; pero no hay señal de perro, muerto ni vivo—dijo la mujer, que le acompañaba.—¡Toma!... ¡y son los de arriba que ya no están allí!

—Habrán caído con el perro—contestó Tablucas con el mayor convencimiento.—Y el que él no esté aquí, no te pame, ¡córcia! que esas gentes no fenecen como nusotros, y suelen convertirse en jumeras hidionda... Pus mira que algo de ella me da en la nariz, ó yo no sé agoler ya... De toas suertes, mañana amanecerá Dios y se verá lo cierto. ¡Ah, córcia, lo que va á versel!

Ahora comprenderá el lector por qué á Tablucas le causaron tan honda impresión las noticias que de la Rámila le dió el alcalde.

Llevólas á casa y después á la taberna, muy

en confianza; y como aquella noche, aunque alumbró la luna, ni hubo tamborilazos á la puerta ni perro en el murio, afirmóse más Tablucas en sus trece; y fué rodando la bola, y todo Cumbrales lo supo al día siguiente, y muy pocos dejaban de creer que lo que á la Rámila le dolía era el metrallazo de Tablucas.

Mas el triunfo de este pobre hombre no fué completo. Había logrado demostrar que la bruja no era invulnerable; quizá dejar descubierto un camino por donde otros podían llegar hasta matarla, ó matar á otras tan brujas como ella; pero la Rámila vivía; y aunque en el murio no se la vió más ni en la puerta se oyeron sus garrotazos, la bruja no podía dejar de vengarse; y el temor de aquella venganza fué el espadón que tuvo sobre su cabeza el pobre Tablucas; temor tan insufrible como las apariciones del perro, hasta que Dios dispuso de la infeliz anciana y se la llevó á mejor vida que la que le cupo en suerte entre los crédulos campesinos de Cumbrales, que no se han curado todavía, ni se curarán jamás, de esas flaquezas, como tantas otras gentes que no son de Cumbrales, ni montañesas, ni campesinas.

